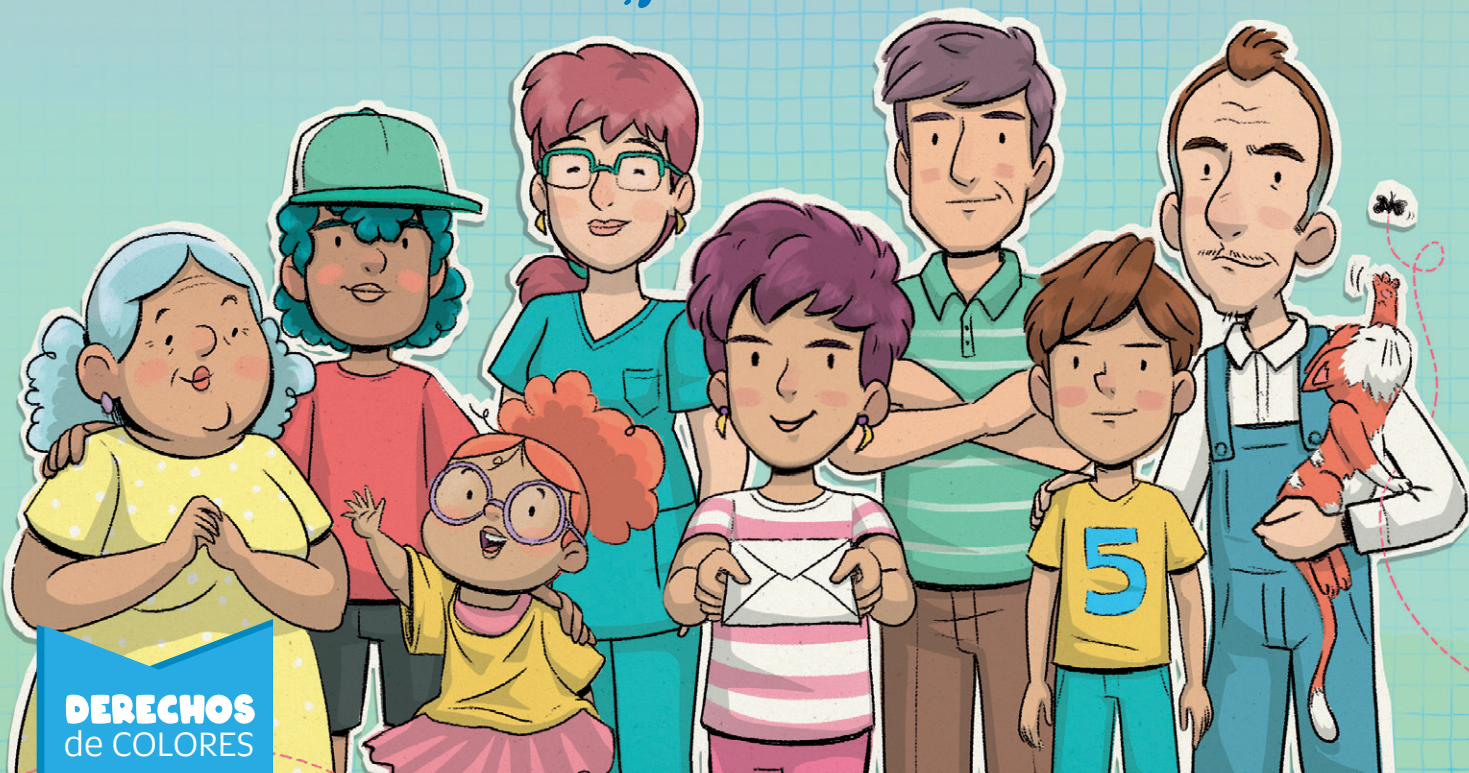




¡Los niños tienen
derecho a
Jugar!

CAMBIAR LOS DÍAS

Mireya Tabuás



DERECHOS
de COLORES

De +10 años

CAMBIAR LOS DÍAS

© UNICEF 2024

Creación literaria:

Mireya Tabuas

Ilustración:

Andrés Pabón

Coordinación:

UNICEF Venezuela

Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia

Oficina de País Venezuela

Av. Francisco de Miranda, Torre Parque Ávila, Piso 11.

Los Palos Grandes, Caracas, Venezuela. CP 1060

www.unicef.org/Venezuela



@unicefvenezuela

Producción editorial y diseño:

Manthra Comunicación · www.manthra.ec

Edición general:

Leonor Bravo Velásquez

Dirección de arte:

Fernanda Páez

Septiembre de 2024

Ningún recurso de este libro puede ser utilizado con fines comerciales.
Toda reproducción total o parcial de este documento está sujeta a autorización.



CAMBIAR LOS DÍAS

Mireya Tabuas

Ilustración: Andrés Pabón

De +10 años

DERECHOS
de COLORES

unicef 
para cada infancia



LORENA

A-BU-RRRI-DO. No hay otra palabra para esto. “¡Vivir aquí es ABURRIIIIDOOOO!” le grito a mi mamá desde el celular de mi papá, pero ella me dice que no la siga llamando para decirle lo mismo, que siempre se pueden buscar soluciones. Papá también me pide que deje de repetirlo una y otra vez por toda la casa. “Pareces un robot”, comenta. Pero no le hago caso y continúo imitando a una máquina: “Aburrido, aburrido, a-bu-rrri-do”...

Llevamos un mes viviendo aquí y, aunque mis papás me dijeron que en esta ciudad seríamos “muy felices”, eso aún no ha pasado. Al menos, no a mí.

Ahora mis días son como caminar por una línea recta interminable, como abrir un libro y encontrar que solo tiene puras hojas blancas sin letras, como mirar el cielo en una noche sin luna ni estrellas.

Nada pasa aquí.

Nada.

Cambiar los días. Eso quisiera. Cambiar los días.

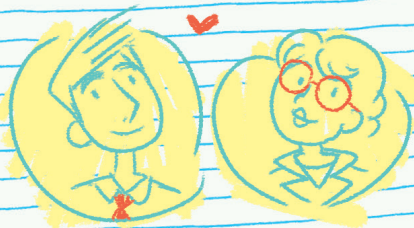
Cansado de mis protestas, a papá se le ocurrió dejar un rato de trabajar y salir conmigo a la calle para inspeccionar más “a fondo”

la nueva zona. Me decepcioné aún más: no encontramos ni un solo parque, ni una plaza, ni nada interesante. Solo edificios, puros rectángulos grises. ¿Es que no viven niños por aquí? ¿O es que en este lugar nadie se divierte? Papá buscó en su celular y vio que para llegar al parque más cercano había que tomar un autobús y luego el metro; es decir, tardaríamos como una hora. Yo le dije, desanimada, que quería volver.

Cuando veníamos de regreso, a papá se le ocurrió un juego: “El juego de completar”. Él me decía una frase y yo la terminaba y así nos turnábamos. Primero empezamos con frases comunes como: “Me gusta cuando...” y yo decía: “Meto un gol, justo antes de terminar un partido”. Pero luego las respuestas fueron graciosas, por ejemplo, papá dijo: “Nuestra familia es...” y yo respondí: “como comerse una patilla”. Luego yo dije: “Sí yo tuviera un perro se llamaría...” y papá respondió: “Gato. Gato, el perro”. Ambos nos reímos fuerte hasta que llegamos a nuestro edificio y todo dejó de ser divertido.

Justo antes de abrir la puerta papá dijo: “Lo que más me gusta de vivir aquí es...” y yo respondí: “¡Nada!” y papá no se rio y yo tampoco. Me miró serio y me dijo que tuviera paciencia, que se pueden buscar soluciones (sí, lo mismo que me había dicho mamá. Por algo están enamorados).

Antes, cuando vivíamos en el pueblo de mis abuelos, jugaba a la pelota con los hijos de los vecinos, porque allí había muchos niños. Ahora llego del colegio (otro rectángulo gris que no tiene ni patio) y, mientras mi papá trabaja en el escritorio que tiene en su cuarto y mamá pone inyecciones en el hospital, yo no hago más que ver televisión. Me gusta ver tele, es cierto, pero lo que más me gusta en el mundo es correr, saltar, jugar a la ere paralizada, al escondite, a palito mantequillero... Y, sobre todas las cosas, adoro jugar fútbol. Pero en este apartamento chiquito estoy condenada al ABURRIMIENTO INFINITO.



Aburriidoo!!

Me gusta cuando...



CRISTÓBAL

Todos los días son parecidos, como si fuesen fotocopias unos de otros. Mis papás trabajan vendiendo verduras en el mercado y casi nunca están en casa. Yo llego del colegio y me reciben mi abuela y mi hermanita Laura, que sale más temprano de clases porque está en el salón de los pequeños. Después de almorzar juntos, los tres nos quedamos encerrados sin hacer mucho, hasta que en la noche llegan mis papás.

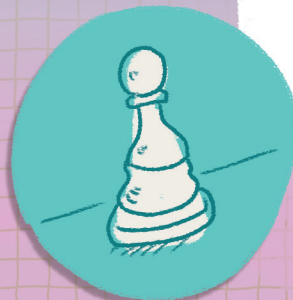


Solo algunas tardes, mi abuela nos lleva a dar una vuelta por las calles cercanas, pero es cansón. Lo único que hay por aquí son edificios y farmacias y abastos, edificios y farmacias y abastos, y más edificios y más farmacias y más abastos. Como si fueran barajitas repetidas.

Algunas veces, la abuela recolecta las moneditas que encuentra tiradas por la casa y entramos en un abasto y nos compra a Laura y a mí un solo helado. El problema es que a Laura no le gusta mucho compartir (menos aún si el helado es de naranja) y se queja.

Cuando salimos no nos demoramos más de una hora y al volver siempre sucede lo mismo que si no saliéramos: mi abuela acuesta a Laura para que tome una siesta. Pero mi hermana no se mantiene acostada ni dos minutos y la única que se queda dormida en la pequeña cama es mi abuela, aunque luego lo niega y diga que no estaba dormida. "Solo cerré los ojos cinco minutos", como si cerrar los ojos cinco minutos, que en verdad son como treinta, sea algo común, como ir al baño o comer.

Cuando escuchamos a nuestra abuela roncando, Laura y yo nos asomamos por la ventana de la habitación de nuestros papás, que tiene reja y que da al patio de atrás del edificio, donde hay algo que le gusta mucho a mi hermana. Porque no es un simple suelo de cemento vacío y sin movimiento. Todas las



tardes, cuando el señor Ramón y su hijo salen a botar la basura, Torcuato, su gato, que es casi tan anaranjado como el cabello de mi hermana, aparece y Laura lo señala y me tironea el brazo. Entonces yo hago: "Miau, miau, miauuuu" imitando a Torcuato lo mejor que puedo y Laura se ríe y aplaude. Yo sé que, si la terapia funciona y mi hermanita aprende a hablar, lo primero que dirá es la palabra "gato"; pero en realidad, no tiene que decirlo con voz para saber que el gato es su animal favorito. Lo dice con su sonrisa. Tal vez algún día tendremos un gato, dijeron nuestros papás, pero por ahora yo soy su gato, y no necesitamos comunicarnos con palabras para reír.

Cuando se despierta la abuela -o "termina de descansar los ojos cinco minutos", como diría ella- me pongo a hacer la tarea y Laura a dibujar. A veces es mucha la tarea, pero otras veces me da tiempo y juego dominó o ajedrez con mi abuela. Ella siempre gana.

Aunque me gusta pasar tiempo con mi abuela y con mi hermanita, últimamente desearía que todos los días no fueran fotocopias.





MONCHO

A mi papá no le gusta que yo juegue. “Es una perdedera de tiempo”, me dice, y me pide que deje de estar distraído y que me concentre en el oficio.

Mi papá es conserje y Torcuato y yo somos sus ayudantes oficiales. Torcuato tiene sus tareas precisas: espantar cucarachas, mariposas y ratones. Yo también tengo las mías: limpiar las escaleras y pasamanos de los primeros pisos y ayudar a papá a botar la basura.

A mí me gusta echarle una mano, porque solo somos él y yo (y Torcuato, por supuesto). Desde que murió mamá, mi papá está más cansado, como si se hubiera vuelto un millón de veces más viejo. También está con el ceño fruncido todo el tiempo. Además, se ha vuelto más estricto. Me dice que a los diez años él empezó a trabajar, incluso tuvo que dejar la escuela, porque eran muy pobres y él tenía que llevar dinero a su hogar. Nunca más jugó a la pelota con sus amigos, nunca más construyó torres con los tacos de madera, nunca más hizo avioncitos de papel. Se volvió un adulto. Entonces le parece que yo, a los doce años, debería seguir sus pasos y dejar de comportarme como un niño, debería dejar de patear latas de refresco por el patio y de tararear esas canciones que invento.

Pero yo no quiero.



LORENA

Mamá y papá tienen razón, hay que buscar soluciones, porque no voy a vivir aburrida todo el año. Pero como ellos están muy ocupados hoy, decidí buscar yo sola la solución. Me acosté en el piso boca arriba y traté de apartar de mi mente el aburrimiento. Cerré los ojos e imaginé que estaba en una cancha de fútbol jugando con muchos niños. De repente abrí los ojos y lo tuve claro: “El patio de atrás”. No sé cómo no lo había pensado antes, ese es espacio perfecto para jugar con mi pelota. Cuando llegamos a este edificio por primera vez fuimos allí, porque el conserje nos dijo que podíamos dejar las cajas que quedaron vacías después de la mudanza. No es un sitio muy grande, pero es seguro. No tiene ningún peligro. Eso sí, bonito no es, diría que es bastante feo y descuidado. Además de rectangular y gris, como todo por aquí.

Le pedí permiso a mis papás para bajar al patio. Mi papá dijo que le parecía un buen plan, que le sorprendía no haber pensado en eso antes. Mamá comentó que seguramente había más niños en el edificio y ese podía ser el lugar de encuentro.

Entonces, bajé con mi pelota. Ahí me fijé mejor. El patio de atrás es un lugar muy raro. Un sitio inútil que solo se usa para tirar peroles que nadie quiere. Hay una nevera oxidada, una bañera de plástico, una lavadora rota, tres cauchos gastados y muchas cajas de cartón. Además, allí, contra una pared, están los pipotes grandes en los que el conserje bota las bolsas de basura que tiramos por el bajante.

Puse la pelota en el piso y la pateé. Corrí, pateé, corrí, pateé, corrí y grité ¡goool! a todo volumen hasta cansarme.



Llevaba un montón de goles, le estaba ganando el partido a mi equipo contrario: los pipotes y la pared, entonces, en el medio tiempo, cuando me detuve un rato a descansar, escuché un sonido, como de risas, y vi hacia arriba. Allí, en el piso cuatro, estaban dos niños, uno como de mi edad y una niña más pequeña, de cabello largo y anaranjado. Me miraban a través de los barrotes de una ventana.

Los saludé y se escondieron rápido, como si me tuvieran miedo.

Me quedé un rato mirando hacia arriba, pero los niños no volvieron a asomarse, ¿no querían bajar a jugar conmigo, acaso? De pronto, quise gritar, pero no sabía cómo se llamaban. Luego me arrepentí un poco de quedarme callada. ¿Debí decirles algo? Pero si se escondieron quizá no estaban interesados en el fútbol o se divierten mucho entre los dos y no necesitan una amiga más. ¡Qué suerte tienen! ¡Qué bueno es tener un hermano o una hermana para jugar!

CRISTÓBAL

Esta tarde fue distinta a las demás.

Mi abuela ya se había quedado dormida y yo ya había hecho la tarea, así que estaba tirado en el piso jugando a la batalla con mis soldados cuando escuché las risas de Laura desde el cuarto de nuestros papás. "Ah, llegó el gato", pensé, así que me puse a maullar y caminé en cuatro hacia Laura, que efectivamente veía por la ventana y señalaba, pero cuando me vio negó con la cabeza, cosa que aprendió hace muy poco y nos ayuda a entender, sin necesidad de que llore, cuando no quiere algo.

Miré hacia abajo. Allí no estaba Torcuato atrapando polillas... ¡estaba una niña que nunca había visto!

La detallé bien: tenía el cabello corto, más corto que yo, tenía puesto un short rosado y una franela de rayas. Pateaba una pelota blanca.

Yo también empecé a reírme, igual que Laura, especialmente porque la niña gritaba "gol" cada vez que lograba meter la pelota en el espacio que quedaba entre los pipotes de basura del edificio. Entonces me dije "igual es más fácil golear sin nadie jugando de portero...y yo sería un buen portero". Pero en ese momento la niña se detuvo y miró hacia arriba. Yo me paralicé y luego retrocedí dos pasos agarrando a Laura que se quejó (lo que significa que quería que la soltara).

¿La niña nos había llegado a ver? Y si lo había hecho, lo cual era muy posible tras mi parálisis momentánea, ¿le habrían incomodado nuestras miradas o habría escuchado nuestras risas antes? Todas esas preguntas y más me vinieron en ese minuto en que me alejaba de los barrotes con mi hermanita arrastrada.

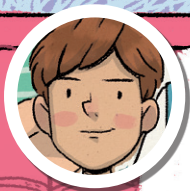
A veces soy muy cobarde, a diferencia de Laura que le gusta mirar a todos y que todos la miren. Tendré que dejar el miedo, bajar y decirle que quiero jugar fútbol con ella. Por suerte no tendré que hacerlo solo, iré con Laura, que saca mi lado valiente porque, aunque no diga ni una sola palabra, ella se lleva bien con todo el mundo.

Pero justo ahora, cuando pensaba bajar, la abuela se levantó. Así que será otro día.

Ojalá vuelva la niña.

Ojalá no me dé miedo.





MONCHO

Torcuato es un escapista. Nada más abrimos la puerta de la casa, sale corriendo al patio o al sótano. Pero, si nos descuidamos, sube volando por las escaleras para ver si se puede escabullir en el apartamento de alguna otra persona. Es muy curioso, todo lo quiere ver. Pero mi papá tiene miedo de que algún vecino se queje de su comportamiento, por eso solo deja que nuestro gato juegue en el patio.

Especialmente le tiene miedo al señor Luis, que vive en el 2B y siempre se queja por todo: que si el ruido de los tacones de la señora que vive arriba de él, que si los ladridos del perro de la vecina del apartamento de enfrente, que si los gritos y las risas de los niños del piso cuatro...

He visto muchas veces a los niños del piso cuatro. Siempre están juntos y van con su abuela. Esa señora conversa mucho con mi papá. Yo escuché cuando un día ella le dijo que me invitaba a subir a jugar con sus nietos, pero papá dijo que no, que yo estaba grande para los juegos. La señora insistió, pero mi papá se negó. Ojalá lo hubiese convencido.

Hoy, gracias a mi gato, conocí a una niña que jamás había visto. Torcuato, una vez más, se escapó cuando abrí la puerta y de pronto apareció ella y chocaron ¡plaf! Ella pegó un grito. Yo lo atrapé rapidito y mi papá le pidió perdón por su miedo a que los vecinos reclamen. Nos marchamos con el gato, pero no pude evitar volver la cabeza para verla. ¿Quién será esa niña? ¿Dónde estaba jugando pelota?



LORENA

Subí a mi apartamento. Por suerte, papá había terminado de trabajar y me esperaba con un pedazo de torta de chocolate.

Le conté todo lo que había pasado: cómo metí veintisiete goles, cómo goleé con la cabeza y derroté al portero, cómo el árbitro me sacó tarjeta roja por una injusticia, cómo fue el partido más largotote de la historia, y por último, lo de los niños, mis espectadores secretos, que me habían visto jugar y cómo habían desaparecido cuando los saludé.

Le dije que quizá me los había imaginado, como me imaginé al portero y al árbitro. Pero papá me respondió que seguro esos niños eran reales y se habían animado al verme divertirme abajo, que quizá eran un poco tímidos, pero que la próxima vez podría hacerles señas para que bajaran a jugar conmigo. Aunque también era posible que sus papás no los dejaran ir al patio, reflexionó poco después y ambos nos quedamos mirando al vacío. Luego se le ocurrió que también podía intentar pasar a saludar. Pero ¿cómo los iba a saludar si no sabía exactamente en qué apartamento viven? Este edificio tiene muchas ventanitas, todas rectangulares, todas iguales.

También le hablé del niño grande, el dueño del gato con el que me tropecé y que me asustó porque llegó de forma inesperada. Papá me dijo que era Moncho, el hijo del señor Ramón, que lo ayudaba con las tareas de la conserjería.

Durante la cena, mamá, papá y yo volvimos a tocar el tema. Entonces a mamá se le ocurrió una superidea (definitivamente es una genia, no sé qué haríamos papá y yo sin ella). Me dijo que podíamos colocar en la cartelera de anuncios que está en la entrada del edificio una invitación para que los niños bajen a jugar a la pelota en las tardes. Mamá me dijo que podía poner un horario de encuentro y solo tendría que esperar a ver quién se acercaba. Así que antes de dormir tomé lápiz y papel y me puse en acción. Me pregunté cuántos niños habría en el edificio, aparte de Moncho y los dos que miraban por la ventana. Tuve un buen presentimiento.



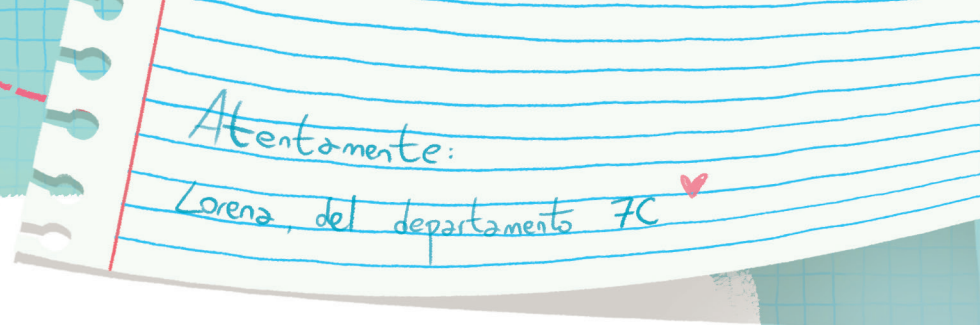


CRISTÓBAL

Mi abuela fue la primera en notarlo. Yo recién me había bajado del bus escolar cuando Laura y ella me recibieron muy sonrientes y sin decir nada me llevaron de la mano (jalándome) hasta la cartelera del edificio en la que siempre están los mismos anuncios: “Se le cortará el agua a los siguientes departamentos...”, “se vende lavadora/secadora, poco uso”, “a la vecina del piso 6 se le pide que baje el volumen de la música”. Pero esta vez había uno distinto, resaltaba en un papel rosado fosforescente y tenía una calcomanía de una pelota de fútbol. Decía: “Todos los niños del edificio están invitados a jugar un partido amistoso de fútbol hoy miércoles 5 de febrero a las 4 de la tarde en el patio de atrás. Atentamente: Lorena, del departamento 7C”.

Me quedé boquiabierto, sin duda esa tal Lorena era la niña que habíamos visto Laura y yo, la niña futbolista que cambió nuestra tarde. Volteé a ver a mi abuela y no tuve que decir nada, ella sonrió y dijo: “¿No te parece fantástico? Esta tarde bajamos para que jueguen”. Yo empecé a saltar de la emoción, pero luego recordé nuestros días, todos igualitos y le dije: “Pero abuela, esa es la hora de tu sies... digo, de la siesta de Laura”. Para mi sorpresa, mi abuela respondió: “Ya estamos grandes para la siesta ¿o no, Laurita?”. Y Laura empezó a aplaudir y saltar. Ciertamente estaba feliz de que la abuela la deje de tratar de hacer dormir en las tardes. Se nos hizo eterno esperar hasta las cuatro. ¡Para los tres lo fue! Mirábamos por la ventana y no había nadie, ni siquiera Torcuato, para la desilusión de Laura.

Cuando por fin llegó el momento, me puse mis zapatos deportivos y un short. Laura se quiso poner la falda de bailarina que le regalé en Navidad y una franela de mi papá (parecía que tenía dos vestidos puestos), se veía



MONCHO

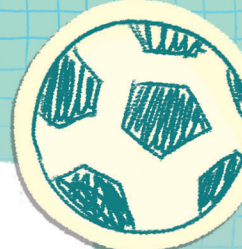
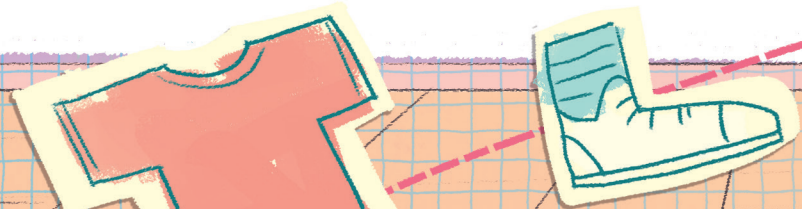
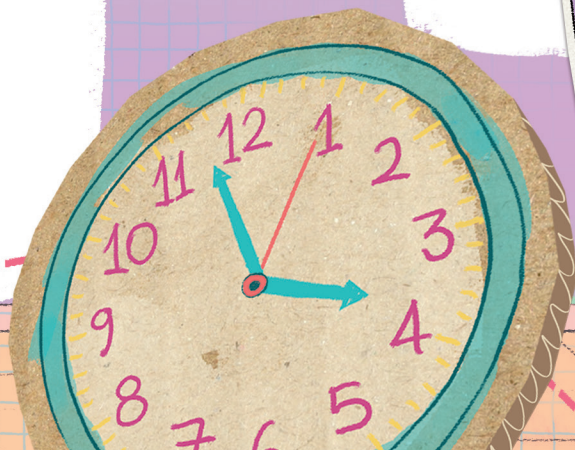
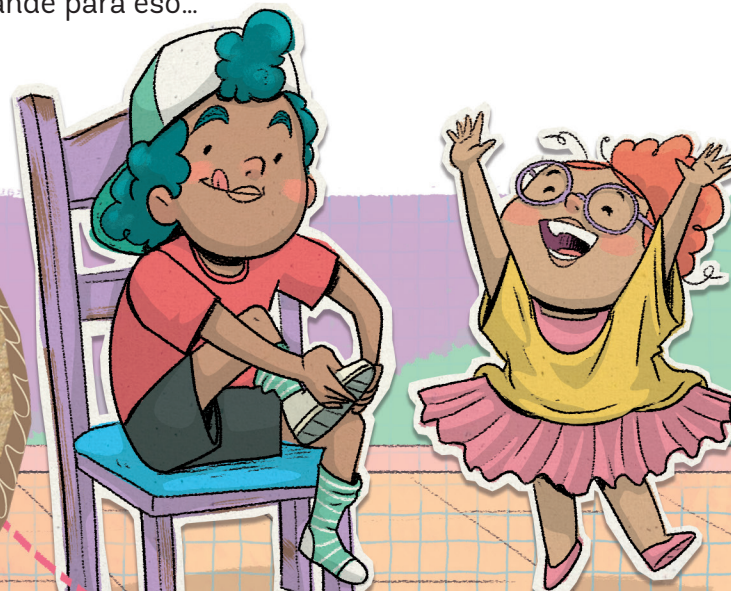
graciosa y linda con su estilo único. Mi abuela también se cambió de ropa, o más bien se quitó ropa, porque se sacó la bata que siempre usa por encima y se dejó su vestido amarillo nada más.

Antes de bajar, nos asomamos por última vez y vimos a Torcuato persiguiendo algo, creo que una mariposa negra.

Ya había llegado el primer amigo para jugar.

Papá se puso furioso cuando vio el cartel. Lo arrancó. “Eso pasa con los nuevos que se toman atribuciones”, dijo. Añadió que sabía bien lo que iba a pasar: que el vecino gruñón le iba a reclamar a él, le iba a decir que no estaba cuidando bien el edificio, que el patio no era para que jugaran los niños, que iban a hacer ruido como el que escuchó ayer. Se fue refunfuñando.

Yo quería decirle que me gustaba mucho la idea de que el patio fuera una cancha de fútbol, que me hubiera encantado participar, que seguramente se iban a unir otros niños, como los del cuarto piso, que sería chévere tener un grupo de amigos del edificio. Pero no me atreví a hablarle porque sé que me iba a decir lo mismo de siempre: que jugar es perder el tiempo, que ya estoy grande para eso...





LORENA

¡El plan funcionó!

Hoy, poco antes de bajar al estacionamiento me entró un poco de miedo. “¿Y si nadie viene?”, le pregunté a papá, pero él me dijo que bajaría conmigo y jugaríamos juntos en ese caso, pero que no dudaba que más de un niño se animaría. Y tenía razón.

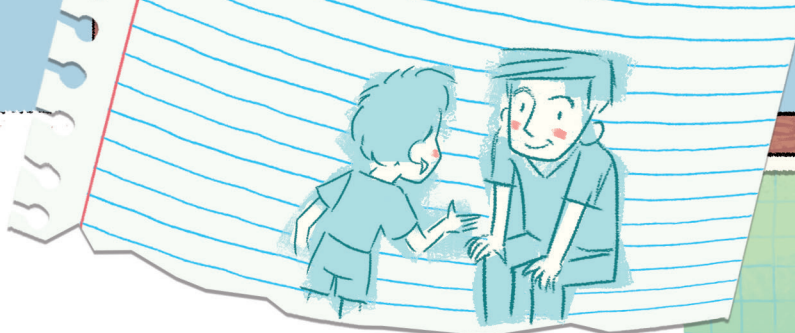
Cuando llegué al patio vi primero al gato con el que me tropecé, después los vi: ¡eran los dos niños que me habían visto desde arriba! Y no estaban solos, estaban con una señora de pelo blanco. Abrí la boca para saludar, pero no salió nada. Por suerte, la pequeña niña no era nada tímida. Vino corriendo y me abrazó. Entonces escuché una voz:

–Se llama Laura, es muy buena con los animales, es mi hermana menor, tiene seis años. Yo me llamo Cristóbal, tengo once.

Subí la mirada y vi a Cristóbal. Era un niño alto y lo primero que pensé mi mente es que sería un buen portero. Abrí la boca, pero aún no salía ninguna palabra, entonces papá nos presentó:

–Esta es mi hija Lorena, tiene nueve años, casi diez, y yo me llamo César. Un placer conocer a nuestros vecinos.

Y de un segundo a otro la abuela de Cristóbal y mi papá estaban hablando en una esquina y riendo. Mientras, Cristóbal y yo estábamos en silencio con Laura dando vueltas a nuestro alrededor. Entonces nuevamente Laura rompió el hielo: tomó la pelota que cargaba abrazada y la pateó. Cristóbal y yo nos reímos y él dijo: “A Laura no le gustan mucho los deportes, ama dibujar. Pero creo que quiere que juguemos”. Yo le dije, mientras perseguía la pelota: “También amo dibujar, podríamos hacerlo mañana”.



Entonces los tres corrimos tras la pelota, a veces Cristóbal fue el portero, otras yo. Más tarde, el gato anaranjado, que me dijeron que se llamaba Torcuato, se acostó en las piernas de Laura, mientras ella nos miraba jugar y lo acariciaba.

Vimos que de lejos nos miraba Moncho. Le hice una señal con la mano para que se acercara, pero él negó con su cabeza. Insistí un par de veces y también Cristóbal, pero Moncho volvió a negarse.

Cuando ya eran como las seis, papá me dijo que debíamos subir a preparar la cena. La abuela de Cristóbal le dijo que sus papás llegarían en cualquier momento. Cristóbal y yo nos despedimos chocando el puñito, pero Laura lo hizo abrazándonos a todos, incluso a su abuela y a su hermano, como si no se fuera a ir con ellos.

Cuando llegué al apartamento, papá me dijo que había intercambiado número telefónico con la abuela de Cristóbal y que se pondrían de acuerdo para que bajáramos a jugar a la misma hora.

Me acordé de las tizas que una vez me regaló mi papá. Las llevaré para dibujar con Laura en el patio ¡Es muy muy muuuuuuy emocionante!





CRISTÓBAL

Definitivamente, las cosas pueden cambiar de un día a otro. Antes nuestra rutina era el recorrido por las farmacias y, muy de vez en cuando, comer un helado. Desde ayer, hay una niña que quiere ser nuestra amiga.

A las cuatro bajamos de nuevo con la pelota al patio de atrás. Justo a esa hora también bajó Lorena. Pensamos que quizás esta vez vendrían más niños porque quizás se corrió la voz. Pero nos encontramos con una sorpresa horrible: por primera vez la reja que daba hacia el patio de atrás estaba cerrada y no se podía entrar.

No sabíamos qué hacer. Lorena estaba furiosa y yo también. Mi abuela fue a hablar con el señor Ramón, el conserje. Él le dijo que el señor Luis, del 2B, que además era el presidente del condominio, se quejó y le mandó a ponerle candado a la reja del patio y dijo que solo podía usarse para botar la basura.

Mi abuela le comentó que era absurdo que se desperdiciara un espacio que es de todos. El señor Ramón se cruzó de hombros, respondió que no podía hacer nada y que el juego de los niños tampoco era una prioridad ni una necesidad urgente.



MONCHO

Papá llegó a casa muy bravo y me contó que, por culpa de los niños y sus juegos, tuvo que cerrar con llave el patio de atrás, que ni Torcuato podría entrar ahora.



Entonces me atreví a hablar con él. Le dije lo que pensaba y quería decirle desde hacía tiempo.

Él me escuchó, me miró extrañado y me contestó que cuando él era pequeño ningún adulto le dijo todo eso. Le respondí que quizás era porque sus papás no sabían que jugar era muy muy muy importante para que un niño pueda ser feliz.

“¿No eres feliz?”, me preguntó y le vi preocupación en la cara.

Y le respondí con la verdad.

Le confesé que cuando vi a los niños jugando en el patio de atrás, me hubiera gustado participar, pero no lo hice por temor a él. “Soy un niño, no un adulto. Me encanta jugar”, añadí.

Entonces él bajó la cabeza. Luego, mirándome a los ojos, dijo que algo había que hacer.





LORENA

Un día jugamos parchís en el apartamento de Cristóbal y él y yo hicimos una competencia de trabalenguas; al día siguiente, ellos vinieron a mi casa a colorear; el tercer día, Laura, Cristóbal y yo nos quedamos mirando el patio con rejas desde la ventana con rejas... Los apartamentos se nos hacían pequeños para todo lo que queríamos hacer. No se podía jugar fútbol ni en mi casa ni en la suya. Mientras, el patio estaba allí, sin ninguna utilidad, feo, solo para botar basura. Extrañamos jugar abajo.

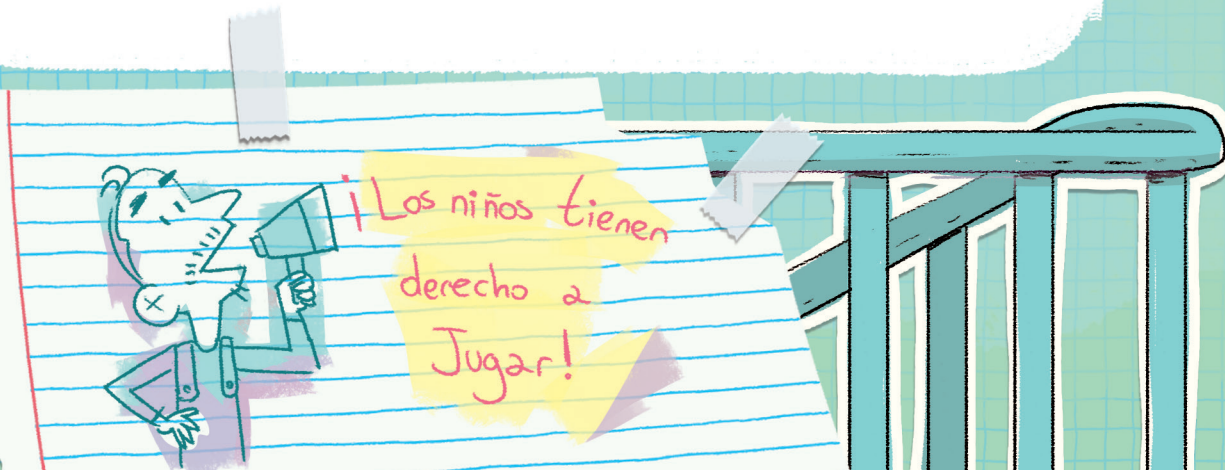
En la cena le dije a mis papás que había que hacer algo. Como siempre, mamá dijo que ella estaba segura de que todos juntos podíamos encontrar soluciones. Papá añadió que sería importante saber qué pensaba el resto de la gente del edificio sobre el patio, un solo vecino no podía decidir por todos. Entonces, se me ocurrió una idea: "¿Y si escribimos una carta para que los vecinos firmen a favor del patio de juegos? Si la mayoría está de acuerdo con nosotros, entonces podremos tener un espacio para jugar". Llamé a Cristóbal y le conté. Él me dio otra sorpresa: el señor Ramón había ido a hablar con su abuela porque estaba a nuestro favor. "Los niños tienen derecho a jugar", esas fueron sus palabras textuales.

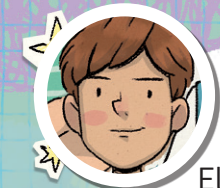
Y a mí me pareció que esa era la frase perfecta para nuestra campaña.



CRISTÓBAL

Subimos piso por piso. Hablamos con cada uno de los vecinos. En todas las puertas, menos en cuatro, nos abrieron; en todas, menos en cuatro, un vecino o vecina firmó la carta a favor de convertir el patio de los peroles en un lugar de juegos. Me sorprendió descubrir que en algunos apartamentos había niños que nunca había visto. "Podemos hacer allí una obra de teatro", dijo una niña que vivía en el apartamento 12D. "Podemos jugar al escondite", dijo un niño pequeñito del piso 3. Un adolescente comentó que le gustaría jugar al fútbol; incluso, una mamá del primer piso aseguró que ella sería excelente portera. Obtuvimos 44 firmas de 48 apartamentos. El señor Ramón, acompañado de su hijo, Lorena y su papá, mi abuela, Laura y yo fuimos al apartamento 2B y le llevamos al señor Luis la carta firmada. La recibió, arrugó la cara, pero no pudo decir nada. Éramos mayoría.





MONCHO

El patio parece un lugar completamente distinto al de antes. Entre todos lo arreglamos. Los pipotes de basura fueron trasladados al sótano, así no estorban ni despiden mal olor. En homenaje a Laura, pintamos un enorme mural con muchos animales de todos colores. Como personaje central dibujamos un gato anaranjado, igualito a Torcuato, que por cierto es el más feliz con el cambio porque siempre tiene gente con quien jugar. Con los cauchos, el papá de Lorena creó unos columpios y la vieja nevera y la lavadora sirvieron de base para hacer unas bancas, donde a veces se sientan algunos adultos a conversar. Todas las tardes, de 4 a 6, todos los niños se reúnen a jugar. Yo también asisto, claro, y a las 6 me voy corriendo donde está mi papá para ayudarlo a sacar la basura, porque no puede solo con esas bolsas tan pesadas.

Todo lo que sucedió me ha inspirado. “Donde antes había soledad, ahora hay diversión”, así comienza la canción que inventé y que cantaré en la inauguración del primer torneo de fútbol del edificio: niños contra adultos.



LORENA

Hace un rato finalizó el partido. Ahora, mientras espero que esté lista la cena, pongo los platos y cubiertos en la mesa y repaso en mi mente todo lo que pasó hoy. Les ganamos a los adultos 3 goles a 0. Dos de los goles fueron míos, otro gol fue un cabezazo de Moncho. Cristóbal fue el mejor de los porteros porque no logró que nos metieran ni un gol. Los adultos, entre ellos mi papá y mi mamá, pidieron la revancha y será la próxima semana, después de la obra de teatro que dirige Sandra, la niña del 12B. Allí, Laura va a bailar y Cristóbal, Moncho y yo seremos actores.

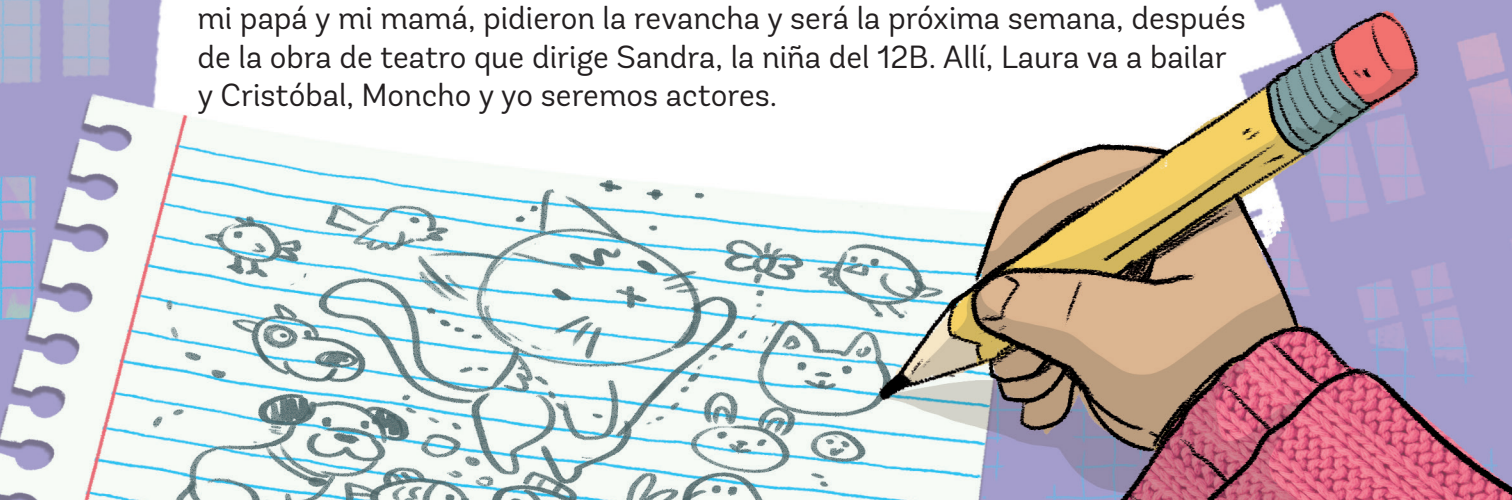
Pero además pasaron muchas otras cosas inesperadas.

Moncho cantó una canción que hablaba del patio y su papá se puso a llorar. También lloraron mucho la abuela y los padres de Cristóbal y Laura.

El vecino del 2B bajó y se sentó junto al señor Ramón. Al principio tenía la cara más seria del mundo, pensamos que nos iba a clausurar el partido, pero pasó todo lo contrario. Se entusiasmó tanto que era el que gritaba “gool” más fuerte. Además, dijo que jugaría la próxima vez. Quería ser del equipo de los niños, pero no lo dejamos.

Además, al finalizar el partido, Torcuato se acostó en medio de la cancha. Laura corrió hacia él y la oímos gritar: “Gaaaatoo”. Cristóbal se puso a saltar de alegría (y yo con él). “Es su primera palabra”, dijo su abuela en voz alta para que escucharan los demás adultos. Todos aplaudimos.

Pienso en todo lo que ha pasado en los últimos días. Antes era un edificio donde las niñas y los niños no cabíamos, un rectángulo gris, como todos los otros de la zona. Ahora es el edificio más alegre del mundo. Si mi papá me volviera a preguntar qué es lo que más me gusta de vivir aquí diría “el patio”, porque con el patio logramos pasar del aburrimiento a la diversión: cambiar los días.

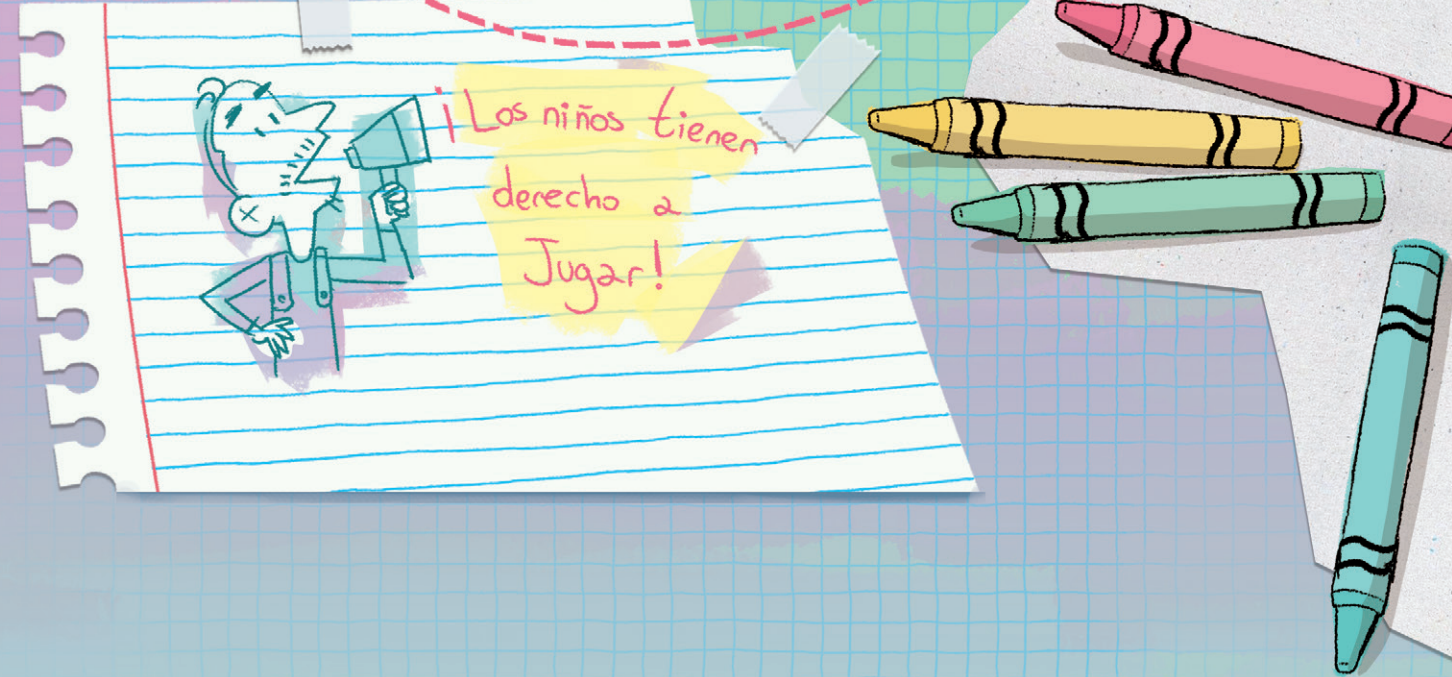


Convención sobre los Derechos del Niño

El 20 de noviembre de 1989 ocurrió un acontecimiento trascendental. La Asamblea General de la Organización de Naciones Unidas promulgó la Convención sobre los Derechos del Niño, un compromiso histórico que establece los derechos económicos, sociales, culturales, civiles y políticos de todos los niños y niñas desde su nacimiento hasta los 18 años.

_Cambiar los días está inspirado en el siguiente artículo de la Convención:

- **Artículo 31:** El niño, niña o adolescente tiene derecho al descanso y el esparcimiento, al juego y a las actividades recreativas propias de su edad y a participar libremente en la vida cultural y en las artes.



La campaña de UNICEF Venezuela **Escucha nuestra voz, protege nuestros derechos** fue creada para compartir con toda la sociedad, incluyendo niños, niñas y adolescentes, mensajes sobre la importancia de la Convención sobre los Derechos del Niño, con el objetivo de crear conciencia sobre la necesidad y la urgencia de proteger y promover los derechos de la niñez y la adolescencia.

De +10 años

DERECHOS
de COLORES

